

SUMARIO

Un comentario acerca de la creación de oficiales de reserva en Francia.—Estudiantes sin libros de texto, por El Capitán Subrio Escápula.—La formación del carácter, por von A.—Observaciones sobre las maniobras alemanas en 1910.—Instrucción francesa para la filiación de la tropa.

BIBLIOTECA

Pliegos 41, 42, 43 y 44 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.

UN COMENTARIO ACERCA DE LA CREACIÓN DE OFICIALES DE RESERVA EN FRANCIA

La paralización de las escalas, que tan nociva es para el ejército y tan funesta para los oficiales, es un mal del que se lamentan en todas las naciones, lo que se explica puesto que la tal paralización no es más que una consecuencia de la composición de los cuadros, en los que para cada jefe entran varios oficiales; no es posible que haya una conveniente proporcionalidad entre todos los empleos, ya que ello redundaría en perjuicio del servicio y del buen funcionamiento de las unidades. No hay otro remedio que la eliminación de los que no reúnan todas las condiciones necesarias para el servicio activo, pero como ello causaría perjuicios irreparables á los oficiales una vez salidos de la Academias, es menester indemnizarlos ó proporcionarles colocación en otros destinos del Estado; de este modo, cabe aligerar las escalas inferiores para que solo queden en ellas los notoriamente aptos y los que tengan verdadera vocación militar, y el movimiento de las escalas se obtiene por el ascenso de unos y la baja de otros. Como se comprende, este remedio sólo lo pueden emplear los países ricos, bien porque dispongan de los fondos necesarios para satisfacer pensiones á los oficiales que son baja, bien por poder disponer de destinos en otros ramos del Estado, lo que supone que no haya muchos aspirantes á ellos, es decir, que el país sea rico.

Francia acaba de admitir una solución que viene á ser un término medio y consiste en permitir el pase á la "Reserva especial" de cien oficiales al año, á condición de que hayan cumplido un tiempo mínimo de servicio de doce años, de ellos seis como oficiales.

Los oficiales admitidos en la "reserva especial" conservan su empleo ó son promovidos al inmediato superior, según su antigüedad y circuns-

tancias, quedando obligados á asistir á un período de instrucción de cinco semanas cada dos años hasta que cumplan la edad de 53 años.

El sueldo anual varia con los años de servicio. A los doce es de 1.245 francos, cualquiera que sea el empleo que se disfrute, y aumenta en 55 francos anuales hasta llegar al máximo de 2.180 francos á los 29 años de servicio. El sueldo aumenta en 30 francos al año por cada período obligatorio de instrucción á que se asista. A los 53 años los oficiales de la "Reserva especial" reciben el retiro de oficio, conservando como pensión vitalicia el último sueldo que disfrutaron.

Creemos que la medida ha de dar malos resultados, por adolecer de los defectos de permitir el pase á la reserva en edad temprana, cuando todavía es posible buscarse un porvenir, lo cual expone á que el Estado aumente desmesuradamente sus gastos con pensiones á individuos cuyos servicios en el ejército en momentos críticos serán por lo menos dudosos. Verdad es que si no se permitiera el pase á la reserva de los oficiales inferiores no se descargarían las escalas, pero no es menos verdad que hasta el empleo de capitán no aparece la gravedad de la paralización.

El punto de vista francés tiende á satisfacer por igual las conveniencias del ejército activo y del de reserva, porque en aquella república goza de todo su esplendor el principio alemán de la nación en armas; es muy posible que la próxima guerra europea disipe las ilusiones que se han fundado en el mencionado principio y demuestre la eficacia principal y casi absoluta del ejército permanente y del de primera reserva, pero organizado con los cuadros permanentes. Si acontece esto, como creemos con sinceridad, la situación de los oficiales en "reserva especial" habrá sido una equivocación de los franceses.

A este propósito no está demás hacer observar que se nota actualmente una marcada tendencia en muchos ejércitos á aumentar el número de oficiales y sargentos de los cuadros permanentes, por encima de las necesidades, como si ya se previera que no podrá contarse el día de mañana con los servicios de los oficiales territoriales y análogos para cometidos realmente de guerra.

Cuando á diario se proclama la dificultad de la educación militar y de seguir los progresos y adelantos de la técnica; cuando los reglamentos y el material sufren cambios y modificaciones incesantes; y cuando en todos los tonos los mejores tratadistas militares ponderan la necesidad de que el oficial se entregue al estudio y ejercicio de su profesión, poniendo al servicio de ella todas sus facultades, parece por lo menos ilógico y poco fundado que para el ejército de segunda línea, que habrá de alternar con el de primera, apenas se exija requisito ninguno, ya que el asistir á una instrucción de cinco semanas cada dos años, con la facultad de faltar á ella, no resuelve nada. En resumen, no parece recomendable la medida que comentamos, y creemos que ante todo hay que atender y tener bien

nutridos los cuadros del ejército puesto en pie de guerra, incluyendo en él la primera reserva, que exige, como el permanente, un aprendizaje continuo, quizás mayor aun dada la procedencia de los contingentes que han de nutrirla.



ESTUDIANTES SIN LIBROS DE TEXTO

Son tan diferentes los modos de ser del ejército alemán y del nuestro, este último más parecido al francés, que la admiración que generalmente sentimos por aquél degenera muchas veces en desencanto cuando de cerca se aprecian detalles que un examen en globo y de conjunto no permite ver.

La literatura militar alemana, que de tanto renombre goza, es uno de los puntos que más pierden al estudiarla en detalle, hasta el extremo que más de una vez he oído desdeñarla á personas que ciertamente nada tenían de superficiales. Sin embargo, fuerza es confesar que dicha literatura es un modelo que está muy por encima de otros que gozan también de reputación. Se les reprocha á los escritos militares alemanes que son nimios, detallistas, de limitado alcance, que empequeñecen las cuestiones, en lugar de ensanchar los puntos de vista, que la concepción teórica es deficiente, si no escasa. Todo lo cual es verdad, pero verdad que no arguye defecto, antes bien es motivo de alabanza.

Por de pronto hay que hacer notar que en Alemania, y lo mismo acontece en Francia, escriben más, proporcionalmente, los generales que los jefes, y éstos que los oficiales; observación que da lugar á consideraciones desconsoladores cuando se la aplica á nuestro ejército. No parece sino que aquí la elevación en jerarquía es causa directa de que se reserven para sí los conocimientos que cada cual atesora, toda vez que no es posible atribuir dicho hecho á falta de materias que desenvolver á medida que se va avanzando en la carrera. Sea como quiera, es lo cierto que por regla general son más apreciables y tienen más utilidad práctica los escritos firmados por generales que los debidos á los jefes, y los de éstos que los redactados por oficiales, porque á medida que es más elevada la jerarquía se posee más experiencia, se tienen más fundamentos para formar juicios acertados y complejos, y al mismo tiempo, más ocasiones ha habido para aprender en los terrenos teórico y práctico. Y por otra parte, como en el ejército ha de predicarse, como en ningún otro organismo del Estado, con el ejemplo, es natural y procedente que el ejemplo parta de arriba y sea el generalato quien guíe á los ejércitos en tiempo de guerra con sus órdenes y le guíe también en tiempo de paz con sus luces y superiores conocimientos. Hecha esta salvedad, necesaria para lo que voy á decir, continuo.

La casi totalidad de los escritos que aparecen en la prensa militar alemana, y grandísima parte de los libros, tienen como tema y base el analizar, discutir y mejorar algún artículo, capítulo, párrafo ó inciso de tal ó cual reglamento, por lo que los referidos escritos tienen un carácter de concisión y de concreción punto menos que desconocidos entre nosotros. Falta en ellos toda especulación, que tan agradable resulta al lector, pero en compensación sobra materia para el estudio minucioso y paciente, y sobre todo se presentan argumentos claros y concretos en favor de una reforma de los reglamentos limitada á un punto que en España parecería despreciable, insignificante, impropio de que en él perdiera el tiempo ó se ocupase, no ya un general, sino un segundo teniente.

Si se penetra en el fondo de las cosas, en cambio, no puede menos de engendrar admiración el notar que como consecuencia de unas grandes maniobras ó de una inspección, todo un general de cuerpo de ejército toma la pluma para defender sus opiniones acerca de un artículo de un reglamento, casi perdido en lo que aquí llamaríamos farrago de disposiciones oficiales.

Esta clase de labor es desconocida entre nosotros, porque nos dedicamos por punto general á las grandes concepciones, á las grandes teorías, á todo lo que requiere mucha imaginación y poca paciencia. Además, y sea dicho en descargo de nuestra conciencia, si emprendiéramos una labor análoga, ni nadie leería lo que escribimos, ni, lo que es peor, conseguiríamos ningún fruto para la colectividad, ni mejora ninguna en las funciones del ejército, por la sencilla razón de que en Alemania los reglamentos son los medios únicos de que se vale el ejército para realizar su misión en la guerra, mientras que aquí los reglamentos no son más que normas generales que basta conocer en su conjunto y tendencias.

No otro valor tienen para nosotros los reglamentos. Cada cual obra dentro de ellos como le aconseja su criterio y sus conocimientos, de lo cual resulta que falta lo que en otros países se considera esencial: la unidad de doctrina, tan necesaria cuando muchísimas personas tienen que obrar en tiempos y lugares diferentes para colaborar en un objetivo único y determinado.

Los reglamentos son en algunos ejércitos extranjeros una especie de Evangelio que todos los oficiales saben al pie de la letra y que han de aplicar constantemente; tanto en tiempo de paz como en la guerra, no se pide al oficial que sepa mucha ciencia, pero se le exige que sepa aplicar lo que está mandado y reglamentado. De modo que si fuera posible someter á un examen á los oficiales alemanes y españoles, estamos seguros que nosotros obtendríamos el primer lugar en las aulas y gabinetes, pero el último en el campo de instrucción, donde no hay que saber mucho, sino aplicar bien lo que se sabe; y lo que ha de saberse es muy concreto, aunque muchos opinen lo contrario; resultando tanto más difícil el aplicarlo á

los casos reales cuanto menos reglas han de observarse, por la clara razón de que si el programa es extenso no puede exigirse mucho, mientras que si el programa es corto se exige una posible perfección.

Cuando los reglamentos comprenden todo lo que debe saberse para hacer la guerra, como sucede en otros países y es lo que debe suceder, se comprende que todo el mundo se aplique, no sólo á dominar y saber bien la materia oficial, sino á perfeccionarla y mejorarla, puesto que ella constituye el instrumento de la victoria ó una de las causas principales de la derrota; y por consiguiente, nada más lógico ni pertinente que el constante estudio de los reglamentos, que mediante modificaciones incesantes están siempre al día y constituyen la última palabra de la ciencia militar aplicada á la guerra. Este es el caso del ejército alemán, y en menor escala de otros ejércitos europeos y asiáticos.

Pero cuando los reglamentos, una vez promulgados, permanecen invariables, intangibles y quietos, no tardan en quedar anticuados en más ó menos de sus preceptos, y entonces caen virtualmente en el descrédito; el ejército se encuentra falto de un guía seguro, y ha de acudir á la iniciativa individual para buscar la perfección posible; además, como consecuencia natural de este estado de cosas, se va perdiendo la fe en dichos reglamentos, los cuales ya no pueden revestir otro alcance que el de dar indicaciones generales y contener el espíritu de la doctrina aceptada por el ejército, nada más; la interpretación en los casos de detalle hay que encontrarla fuera, de lo que se engendra un estado de vacilación y de incertidumbre poco recomendables.

Por otra parte, para que los reglamentos respondan á su capital objeto, es menester que sean obra de todos, que todos contribuyan directa ó indirectamente á su redacción, y que la labor, la experiencia y los conocimientos de todos se refundan y aparezcan en los artículos y párrafos de dichos reglamentos. Entonces, éstos son realmente el libro de texto por antonomasia del ejército, mientras que de lo contrario no pasan de ser un libro más, recomendado oficialmente. Y si además agregamos que no poseemos todos los reglamentos necesarios para los servicios variados de campaña, se comprenderá que nuestro ejército padece de un mal de omisión y deficiencia que conviene remediar con la mayor urgencia; y se comprenderá también que á despecho de la buena voluntad de los oficiales, la literatura militar se evapore y desvíe en cauces que no son lo convenientes que deberían ser. Ello no es culpa del personal; oficiales hay aquí, nadie podrá negarlo, tan celosos y activos como los puede haber en otro cualquier ejército, pero les falta materia y base oficial para enderezar sus labores en el sentido que al bien común importa.

De lo expuesto se infiere que es menester completar los reglamentos actuales, redactando los que ahora no existen y modernizando y dando carácter práctico á los vigentes. Aunque ello haya de ser encomendado á

una comisión, ha de exigirse luego la matemática y puntual observancia de sus disposiciones, y la obligación de que se presenten por los cuerpos y los particulares las observaciones que la experiencia vaya aconsejando. Esa recomendación se hace siempre que se publica un nuevo reglamento; pero no tiene transcendencia real, lo cual debe imputarse en primer término á que faltan en nuestro ejército las inspecciones verdad y las maniobras, y por consiguiente no tiene el superior ocasiones de ver cómo cumplen las tropas los reglamentos, ni de corregir las faltas ó transgresiones de los mismos.

Esas inspecciones y maniobras, sometidas á una rigurosa dirección, harían manifestarse los defectos de los preceptos oficiales y todos contribuirían á remediarlas, y además producirían las ventajas de que superiores é inferiores, el mando y los ejecutantes, estudiaran á conciencia los aludidos textos y se interesaran por el acierto y bondad de los mismos. Menester sería, de todos modos, que se exigiera sin contemplaciones la observancia, hasta casi automáticamente, de las disposiciones oficiales, aun constando á todos que eran deficientes, como único medio de conseguir que los esfuerzos colectivos se unieran para mejorarlas en breve plazo, y para lograr lo que ahora parece un ideal, pero que es el a b c de la milicia: que desde el general al soldado tengan una norma directiva para todos los casos, norma que sepan á conciencia y en la que encontrarán soluciones que se adapten á su iniciativa y á los casos imprevistos, aunque dentro de la unidad de doctrina y de pensamiento á que obedecen los reglamentos, y sin el capricho y la confusión á que dan lugar las inspiraciones individuales cuando no se refrenan y dirigen á un fin común previamente determinado tanto en su alcance como en los medios y procedimientos para lograrlo.

Muy necesaria es la instrucción y á ella deben tender los esfuerzos de todos; pero para que esa instrucción sea posible y tenga consecuencias aceptables, es necesario dar antes los medios de estudiar, de que ahora carecemos.

Para terminar, hay que decir que una parte del mal que lamentamos nace en la enseñanza en las Academias militares, en las que el estudio de los reglamentos se considera como cosa relativamente secundaria y desde luego de menos importancia que la teoría de la guerra y las asignaturas de ciencia pura ó aplicada, debiendo ser todo lo contrario. Sin perjuicio, pues, de que se reformen y completen los reglamentos, y se escriban los que faltan, y que se exija su puntual cumplimiento á todos, empiécese en las Academias por infiltrar en el ánimo del futuro oficial la extraordinaria importancia que ellos tienen. Nada importa que sean malos, suponiendo que lo sean, lo que no es cierto; obrando como si fueran buenos nos pondremos en camino para conseguir que en breve plazo resulten excelentes.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

La magnífica introducción del Reglamento de campaña, no deja la menor duda acerca de la relevante importancia que nuestros Reglamentos militares atribuyen al desarrollo del carácter y sentimientos.

No trataré la cuestión de si el ejército ha logrado alcanzar el objetivo deseado, acerca de ese punto. Todos los años licencia el ejército unos 250,000 hombres. Cada oficial puede formarse idea bastante exacta de lo que hace, sin más que tener en cuenta el proverbio: "Seréis juzgados por vuestros frutos."

Por el contrario, he de procurar esclarecer las dificultades que se oponen á nuestros esfuerzos para desenvolver el carácter y los sentimientos de nuestros subordinados. No me ocuparé en las dificultades que se originan en el medio ambiente de los reclutas hasta el momento de su entrada en el servicio.

El Reglamento de campaña exige del oficial severos principios de moralidad y fuerza de carácter, y señala, con palabras poco diferentes, que la confianza de los subordinados en sus superiores es la condición esencial para que den buen resultado las labores de formar el carácter y las inclinaciones. Exige, además, que el oficial posea una notable superioridad en experiencia, tanto en el más amplio concepto de la vida, como en los sentimientos más íntimos.

¡Cuántas condiciones y cuán difíciles, principalmente si se trata de oficiales jóvenes!

El entusiasmo por la profesión, acaso inspirado por el propio padre, constituye un buen fondo para llegar á vencer muchas dificultades. Pero falta á menudo en puntos y momentos importantes.

¿No disponen ahora los oficiales jóvenes de medios y caminos, en amplia escala, para cumplir su cometido sobre la formación del carácter?

El espíritu de frivolidad de nuestra época, que se deja sentir lo mismo en extensa esfera que en la primera materia mejor templada, hace que sea necesaria en grado eminente la severidad moral del individuo para lograr la severidad moral del cuerpo de oficiales. Si un cuerpo de oficiales es homogéneo, resultan innecesarias la mitad de las medidas. Si se deja la puerta abierta á la frivolidad, no tarda en entrar y hacer presa en los jóvenes oficiales.

Por otra parte, es una mala condición en los oficiales antiguos la de ejercer de críticos ó censores. Acaso no haya existido ningún santo, *tempi passati*, en quien no se pueda encontrar algún defecto si se examinan todos sus actos minuciosamente.

Si en algo es necesaria una enmienda, ella ha de lograrse por los esfuerzos colectivos del cuerpo de oficiales. La influencia directa é inme-

diata del superior responsable, no podrá nunca alcanzar tan buenos resultados como la ayuda de las buenas y mejores fuerzas de un cuerpo de oficiales. Esto requiere, sin embargo, alentar tales esfuerzos y darles firmes apoyos. La médula del carácter moral se encuentra en las pequeñeces de la vida diaria, en las conversaciones y actos, no del servicio, en que sólo aparece el camarada.

El verdadero fundamento de la ayuda del compañerismo consiste en extender á todos la educación militar y el espíritu de cuerpo, incluyendo á las clases de tropa y á los soldados.

El oficial posee, por regla general, un conocimiento suficiente de la personalidad humana. Estará tanto menos expuesto á equivocarse en la formación de la personalidad, cuanto más se apoye en el juicio de sus superiores jerárquicos, cuanto más sencillo y firme sea su carácter, cuanto más prescinda de toda adulación, de lo que brilla y de las minucias.

Un subordinado me dijo en cierta ocasión que veía relajada la moral en la tropa. Y de esa moral, llevada á sus últimos extremos y confines, necesitan el ejército, el pueblo y el Estado. Debemos, por consiguiente, robustecerla, sin olvidar que la frivolidad es el peor de los elementos que la perturban. Si en algún caso, un oficial ve que resultan infructuosos sus esfuerzos, está en la obligación de dar parte á sus superiores, en los que encontrará el apoyo necesario para mantener el buen espíritu en su tropa. El individuo que envenena el buen espíritu de un dormitorio colectivo, debe ser privado sin miramientos del trato de compañerismo. Por lo pronto, algo se alcanza con que los peores elementos queden oscurecidos y no puedan proferir palabras feas. A esas malas influencias están expuestos los aspirantes á oficial, que durante su instrucción se acuestan en los mismos dormitorios que la tropa, sobre todo si sus superiores no eligen con cuidado el dormitorio, sino el personal que allí se aloja.

Es innegable el influjo que ejerce en esos jóvenes aspirantes la contemplación de una existencia relajada. No basta que se les aparte de los malos ejemplos; es menester que se les haga objeto de la mayor solicitud de sus maestros.

Los oficiales de filas de carácter más recto y firme han de ser los llamados á iniciar á los jóvenes en los hábitos y modo de ser de la vida del oficial. Esa iniciación será muy restringida en lo que se refiere á los asuntos personales, sociales y de compañerismo, concentrándose en los que atañe á la voluntad, al alma, á la vida y á la formación del carácter. Los jóvenes oficiales deben aprovechar todas las ocasiones oportunas para ir rectificando sus inclinaciones equivocadas. Ha de estimularse su discernimiento para que aprendan á distinguir, por lo menos, lo espiritual (relativo al alma) de lo temporal (todo lo material) y conozcan los verdaderos principios de una vida recta: formación del corazón, dominio de sí mismo, alegría del vivir, mediante el desarrollo del carácter. Al que desee cono-

cimientos especiales sobre esas materias, le recomiendo "El maestro de la juventud", del Dr. Foerster y "Desarrollo del carácter por la fuerza del pensamiento", de Trines.

Todos los oficiales antiguos pondrán especial empeño en orientar el carácter de los jóvenes, y en particular el de sus subordinados, por medio del ejemplo. Los caracteres desarreglados, los defectos en puntos de moralidad, así como en desinterés y en los ideales militares, son malas semillas que es peligroso se esparzan. El ejemplo de un absoluto dominio sobre sí mismo es el único remedio de efectos duraderos, contra las torcidas inclinaciones de los subordinados é inferiores.

Los largos periodos de paz encierran grandes peligros contra el importante objetivo de la formación del carácter, sobre todo cuando se esconden bajo la apariencia de brillantes resultados militares. Esos buenos resultados pueden muy bien ser alcanzados, á pesar de las debilidades y defectos en otros órdenes, si las inspecciones son superficiales ó muy condescendientes, atribuyéndose las faltas que se observen en la inspección á la nerviosidad, á la agitación, á no ser dueños absolutos de la palabra los interesados. Es muy difícil á los superiores encargados de efectuar una inspección, el formar un juicio exacto y apreciar con exactitud el mérito de los trabajos, dados los medios de que pueden disponer. Cuanto más esquemático sea el método de inspección y menos frecuente el examen del trabajo de las tropas, tanto más difícil será la labor para el inspector. Algunas veces, las deficiencias y defectos íntimos en la instrucción se ponen de manifiesto por quejas y procedimientos de carácter judicial militar. Si se tiene cuidado, será raro que allí donde existan defectos lleguen pronto á corromper la moral de la tropa. Pero cuando las llagas permanecen largo tiempo ocultas, no suelen descubrirse hasta que por cualquier causa se pone de manifiesto el padecimiento.

Por fortuna, no está el campo abonado en nuestro excelente ejército para tener que temer que los peligros latentes se extiendan en grande escala. Pero la necesidad del desenvolvimiento del carácter en interés de los resultados que han de obtenerse en la guerra y del conveniente funcionamiento del ejército en la paz es tan importante, que no debe dejarse subsistir el menor defecto de esa especie.

Los mejores medios para llegar al objetivo deseado son, á mi juicio, el robustecimiento del carácter en todo oficial (honradez y moralidad), la educación del carácter de los descendientes de los oficiales, el prescindir de prejuicios en las inspecciones, y los exámenes ó inspecciones de los reclutas y de las compañías.

Toda inspección ha de llevarse á efecto con el pensamiento fijo en las necesidades de la guerra. El aliento de la guerra es solamente quien descubre los idealismos en el oficial, quien pone de manifiesto las cualidades más íntimas, quien hace patentes los defectos del carácter y la capacidad militar.

A mi entender, el punto de vista principal en que hay que colocarse para efectuar una inspección en orden cerrado y en orden de combate, debe tener en cuenta los siguientes extremos:

La compañía se mueve en columna de marcha, con las armas cargadas, á 400 metros detrás de la línea de tiradores. La guerrilla se detiene en la posición, y la compañía hace lo mismo. La guerrilla y el enemigo abren el fuego, y la compañía se establece detrás de una ceja del terreno (que puede suponerse en hipótesis), en la dirección del fuego; la compañía se echa en tierra en su frente (inspección del silencio que ha de guardar la tropa, de los cascos, mochilas, botones y guarniciones, y suelas de los zapatos); la guerrilla avanza, y la compañía secunda el movimiento; la guerrilla se lanza al asalto, á la carrera, y la compañía inicia su ataque; la compañía rompe el fuego de ametralladoras. La compañía despliega á paso largo, con grandes intervalos, etc.; ataque de caballería, simulado por los ayudantes montados, y la compañía rompe el fuego de flanco y de alas; la infantería enemiga emprende el ataque, y la compañía se arroja en la línea de fuego y rompe el tiro. Las ametralladoras enemigas (convenientemente cubiertas) rompen el fuego, y la compañía se subdivide en secciones (la compañía llevará brazales blancos) para concentrar sus fuegos en aquella dirección; rechazado el ataque enemigo, las secciones avanzan sin pérdida de tiempo para apoderarse de las ametralladoras; la compañía inicia el fuego de persecución y se ordena se adelante ésta, por hallarse agotada la guerrilla, reuniéndose todos los esfuerzos necesarios. La compañía se reúne, carga los depósitos del arma y entra en línea (revista de posturas, de rapidez de puntería, de vigor y rapidez en empuñar las armas, de romper el paso de ejercicios, etc.); la compañía recibe el fuego de artillería, etc. De un modo análogo se irán examinando parcialmente todos los detalles que componen el cuadro de la instrucción militar, única manera de efectuar hoy día eficazmente las inspecciones: puntería, posición, modo de coger el arma, marcha de ejercicios, movimientos en orden cerrado, formación de la línea de tiradores. Hasta la misma orden de presentar armas puede servir en circunstancias de guerra para despertar el decaído valor de una tropa (1). Siguiendo este método, puede todo oficial mostrar su capacidad militar, el dominio sobre sí mismo y sus cualidades más íntimas. Ha de procurar dar la prueba de que no solamente ha enseñado á su tropa de un modo adecuado y prudente, sino que ella domina la instrucción.

Los defectos en la instrucción que provienen del carácter de los superiores, se harán patentes siguiendo las reglas anteriores al realizar la inspección, y podrán ser remediados con eficacia. Por este método en la inspección, se ponen de relieve sin pérdida de tiempo las buenas cualidades

(1) Una sección del regimiento Francisco en Saint-Privat.—(Nota del A.)

militares y morales del oficial, y se consigue que pronto sobresalgan los más aptos.

En el afecto y veneración hacia los superiores descansa esencialmente la confianza de los subordinados, que tan indispensable es para obtener buenos resultados en la guerra, y sin la cual no es posible que el oficial goce de verdadera influencia sobre sus inferiores. El oficial será venerado si, además de su capacidad militar, posee un buen corazón y es moral. Cuanto más completo en estos aspectos sea un superior, tanto más depositarán en él su confianza los inferiores en existencia, pensamientos y sentimientos, tanto mejor sabrá conciliar con las necesidades las enseñanzas de la experiencia en lo que atañe á lo íntimo de la vida, y más irá arraigando la confianza de sus inferiores en él y más dócilmente se entregarán á su acertada influencia. Los más de los militares antiguos poseen una gran dosis de experiencia de la vida. El recuerdo de sus oficiales no se borra en los soldados, ni aun después de licenciados. La rectitud de vida que el oficial puede mostrar á sus soldados, no se aparta un momento del pensamiento de éstos durante la instrucción, y después, porque les enseña con el ejemplo. Aunque aparentemente no se crea al principio ningún lazo, á medida que se va desarrollando la inteligencia y se educan el corazón y la voluntad se encienden y cobran fortaleza para más tarde la confianza y la gratitud. No necesito ponderar cuán estrecha es la confianza y cuán arraigada, que llega á engendrarse entre los oficiales del ejército activo y la masa de los licenciados. ¡Qué firme es esa confianza si ha sido adquirida en la guerra! ¡Cuán hermosas son las relaciones entre el oficial y el soldado! Yo recuerdo con este motivo, á menudo, la incondicional confianza nacida del trato de los oficiales con sus ginetes en el Sur-Oeste, que dió lugar á la conmovedora adhesión demostrada, como es sabido, al difunto teniente von Wöllwahrt por sus ginetes.

Frenssen escribe, en su "Peter Moor", lo siguiente acerca de las relaciones entre el oficial y los ginetes: "Nuestro teniente habla á menudo con nosotros (1). Poneos contentos, nos dice, porque pronto tendremos un combate y los pícaros serán arrojados hacia occidente, en las gargantas, por la columna de cabeza; y en julio estaremos de nuevo en nuestras casas." Yo me asombro todavía de que aquel llorado oficial, aunque no de mucha más edad que nosotros, estuviera siempre equilibrado y tranquilo, á pesar de que se hallaba sujeto á las mismas privaciones y fatigas que los demás, mientras que nosotros nos encolerizábamos y nos desatábamos á menudo en inútiles improperios. Yo no atribuyo la conducta de aquel oficial á que fuera más instruido que nosotros; antes me inclino á creer que su personalidad interior estaba mejor formada; esto es, que su corazón y su espíritu eran tan fuertes, que todas las cosas se le hacían llanas y no alteraban su calma, rectitud é indulgencia.

(1) Esto es muy importante.—(Nota del A.)

Era tan firme su voluntad, que entonces comprendí que la voluntad vale más que el saber. Apenas hablábamos con él, porque nos inspiraba mucho respeto, pero nos ocupábamos á menudo de él en nuestras conversaciones y le contemplábamos con frecuencia. Era pequeño de cuerpo y montaba un robusto caballo de la Prusia oriental; su sombrero de fieltro gris lo llevaba algo inclinado, de modo que el ala izquierda le caía un poco sobre la oreja del mismo lado.

Algunas veces se nos acercaba y nos dirigía la palabra. En esas ocasiones, lo veía todo con exactitud, lo juzgaba bien y comprendía si alguien necesitaba alguna cosa. Todos comprendíamos que era un hombre inteligente y despierto, y que poseía un corazón bondadoso y compasivo. Por eso nos sentíamos más seguros á sus órdenes, deseábamos que no le cambiaran el mando—anteriormente habia sido cambiado de destino—y corríamos como liebres si con ello le podíamos dar gusto. Cuando uno de nosotros llegaba cansado, nos mofábamos de él, diciéndole: “¡Muchacho! ¿te has cepillado?” Pero cuando le tocaba el turno á otro, no vacilaba en emprender la carrera.

El ejemplo del teniente von Wöllwarth demuestra que también en nuestro tiempo se presentan los casos de oficiales que, por su genio amable, vivo y justiciero, poseen un verdadero carácter de soldado, encendiendo en los inferiores el amor al oficial como en épocas más antiguas, amor en el que se funda principalmente el éxito. Lo más importante de cuanto de ello se deduce es, por consiguiente, la conveniencia de que no olviden nunca nuestros jóvenes oficiales el cultivo y la educación de tan hermosas cualidades; y recomendarles que, teniendo en cuenta el medio, utilicen toda su experiencia y cualidades, para hacer brotar aquel afecto en sus subordinados.

Al mismo tiempo, sería de desear que á los jóvenes oficiales se les pusiera en condiciones para adquirir pronto la necesaria experiencia de la vida.

El cuadro de enseñanzas de las escuelas militares ofrece, sobre todo en las materias que permiten más horas para la preparación, una ocasión excelente para que los jóvenes aspirantes adquieran conocimientos sobre la vida del pueblo desde los puntos de vista moral, intelectual y económico, de la importante cuestión de la formación del carácter, de la salud de cuerpo y de espíritu y de las manifestaciones de las cualidades personales, en interés de la salud del pueblo; dando á esa frase su más amplio concepto. Esos conocimientos adquiridos en las escuelas militares serán ampliados luego con la práctica de la vida diaria y la enseñanza á la tropa, mientras que los oficiales enviados á la Academia de Guerra los profundizarán aun más en los cursos dedicados á la formación del carácter, psicología de la tropa y economía social de la nación y del mundo.

Tales deben ser los medios y el camino, en primer lugar, para que los

jóvenes oficiales completen las prescripciones de los reglamentos militares con la austeridad moral y la superioridad en experiencia y en carácter, con lo cual quedarán vencidas todas las dificultades, hecha abstracción de la modalidad de la naturaleza humana.

VON A.

(Del *Militär Wochenblatt*.)

OBSERVACIONES SOBRE LAS MANIOBRAS ALEMANAS EN 1910

En ninguna parte como en Alemania son las maniobras militares una escuela lo más parecida posible á la realidad. Sirven allí no solamente para examinar el estado de instrucción de las tropas, sino también para ir reformando los reglamentos y deducir nuevas enseñanzas. De aquí que la prensa militar extranjera siga con atención el desarrollo de dichas maniobras, de las que también nos ocupamos anualmente con la debida extensión.

Refiriéndose á las que han tenido lugar en el otoño de 1910, el periódico belga *Bulletin de la Presse et de la Bibliographie Militaires* ha escrito varios artículos, de los que tomamos los párrafos siguientes, relativos á la Infantería:

“Conviene mencionar la conducta de la Infantería, sobre todo en el ataque. La marcha de las líneas de tiradores, la llegada de las reservas desplegadas, han demostrado el alto grado de instrucción así como los progresos que esa arma ha realizado hasta el día. El ataque de noche, ejecutado del 9 al 10, permitió igualmente comprobar que la instrucción de la tropa en esta rama del servicio ha llegado á un elevado grado de perfección. Cuando se trataba de acercarse á los atrincheramientos enemigos á cubierto de la obscuridad, los hombres avanzaban no por saltos, sino arrastrándose, saltando y gateando de un montón de tierra á otro; así que caían bajo la acción del cono luminoso de los proyectores, aquella especie de hormiguero humano se hundía en el terreno y ofrecía un blanco muy difícil de alcanzar. A consecuencia del largo periodo de lluvias, la tierra estaba muy húmeda y esta operación nocturna fué lenta y muy fatigosa y penosa.

“Hay que señalar igualmente una innovación oportuna en estas últimas maniobras: la representación de las pérdidas eventuales. No se vieron, como durante las maniobras anteriores, aquellas densas líneas de tiradores que daban una imagen de la realidad completamente falsa.

“Con arreglo á las decisiones de los árbitros, que tenían en cuenta las circunstancias de la lucha, oficiales, soldados, caballos y piezas debían abandonar por un tiempo más ó menos largo el frente de combate. Tales oficiales y soldados se trasladaban á los puestos de curación, donde se re-

solvia de su suerte. Los hombres puestos fuera de combate no podían volver á incorporarse á sus unidades antes de la noche siguiente, para reconstituir el efectivo inicial. La consecuencia de estas disposiciones fué ver compañías enteras que no poseían más que un oficial, secciones mandadas por sargentos y compañías á las órdenes de un joven teniente, lo mismo que acontece frecuentemente en campaña en los combates mortíferos.

“Este modo de proceder, dice el *Berliner Tageblatt* en su relación de las maniobras, ofrecía las ventajas de permitir al mando superior y á los médicos militares el recoger datos prácticos sobre el funcionamiento de los servicios sanitarios en campaña durante las operaciones importantes, y, por otra parte, ponía á los subalternos en la necesidad imprevista de mandar las compañías, á los sargentos en la de reemplazar á los oficiales, y aun al simple soldado en la de tomar el mando de un grupo. La independencia y la iniciativa en un cuadro dado, base de todos los éxitos en la guerra, eran así poderosamente espoleadas.

“La infantería, sobre todo en el partido rojo, hizo un constante uso de la pala (1). Ayudó eficazmente á los zapadores en la construcción de las defensas. En la posición principal, pudo verse en primera línea trincheras para tiradores de pie y acostados, así como espaldones para piezas y ametralladoras. La tierra removida era prudentemente esparcida y los parapetos recubiertos con hierba para hacerlos invisibles. Detrás de esta primera línea, se habían establecido trincheras cubridoras para las reservas, á las que ponían al abrigo de las vistas y de los fuegos. Más atrás aún, fosos ó caminos de enlace muy profundos permitían á las tropas de segunda línea y de tercera llegar, al abrigo de las vistas, á la posición principal. Durante toda la jornada del 9 de septiembre, no cesaron de transportarse tablonés, viguetas y tablas para la organización de observatorios y atrincheramientos, ramas, palastro, alambres espinosos y millares de piquetes, para organizar las defensas accesorias delante de la posición. El partido rojo invirtió con este objeto 10,000 marcos para la compra de madera en Pr. Holland.

“Se puso un cuidado especial en organizar la posición disimulada. Pequeñas tablas redondeadas por sus extremos superiores fueron fijadas en tierra, y daban desde lejos la impresión de tiradores. Discos que en uno de sus extremos llevaban un bote de conservas se montaron en espaldones, y á distancia simulaban verdaderos cañones. En suma, nada se omitió para inducir á engaño al adversario, y como el desarrollo de la maniobra lo demostró, se alcanzó este resultado de un modo que no se esperaba.

“Desde el punto de vista de la Infantería, y en general desde el punto

(1) Las maniobras imperiales de 1910 se desarrollaron en el N.E. de Prusia y su principal objeto fué el estudiar la guerra de posiciones, tal como se desenvolvió en la Mandchuria.— Nota de la R.)

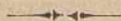
de vista del combate de las armas combinadas, se han formulado sin embargo algunas críticas, especialmente en lo que concierne á la exploración táctica, el reconocimiento y el enlace en el combate.

“La causa de los medianos resultados obtenidos en esas operaciones se debió únicamente á la carencia de medios auxiliares apropiados y á la de órganos especiales que permitieran evitar confusiones funestas, tan frecuentes cuando la transmisión de las órdenes ha de ser rápida y sin interrupción. Para la transmisión de los partes generales, se sirve, como es sabido, de las lámparas de señales y del telégrafo, pero las tropas combatientes no disponen, independientemente de las patrullas de todas las armas, más que del teléfono y de las banderas de señales. Estos medios no bastan; las patrullas, porque casi siempre tienen que cumplir varios cometidos á la vez y no operan más que para el servicio de su arma propia; el teléfono, porque por naturaleza no puede enlazar entre sí más que á un número relativamente reducido de jefes; las señales con banderas, porque su empleo bajo el fuego enemigo, sino absolutamente imposible, es por lo menos muy difícil.

“Teniendo esto en cuenta, la *International Revue* propuso, con motivo de las maniobras de 1909, unir á la infantería algunos hombres montados, en analogía con lo que se hace en Francia, pero con la diferencia de que proponía que dichos hombres procedieran de la misma infantería, en lugar de tomarlos, como en Francia, de los reservistas de caballería. Es de creer que esos exploradores elegidos dentro de la infantería prestarían preciosos servicios á sus tropas.

“Los mismos deseos expresa el coronel Kurnatovski. Para el reconocimiento, el partido azul se hizo preceder á veces de oficiales de infantería montados, quienes á menudo no se daban cuenta de la proximidad del adversario más que cuando se veían sometidos á sus fuegos. En estas circunstancias, se hizo muy sensible la falta de estafetas de infantería. Si los oficiales hubiesen ido acompañados de algunos ginetes, hubieran podido echar pie á tierra en los puntos importantes y continuar su observación con la ayuda de los gemelos de campaña, en lugar de exponerse de un modo irracional al fuego enemigo.

“En estos últimos tiempos también se ha propuesto utilizar con el objeto expresado los llamados corredores ó portadores de partes á la carrera. Tienen la ventaja de que resultan más económicos; en circunstancias favorables podrían prestar buenos servicios, pero es probable que al cabo de algunos días de combate se extinguieran sus fuerzas; en particular si se operaba en un terreno accidentado como el que sirvió para las últimas maniobras. En este caso su reemplazo sería muy difícil, dadas las pérdidas crecidas é inevitables sufridas por las compañías.”



INSTRUCCIÓN FRANCESA PARA LA FILIACIÓN DE LA TROPA

Hasta ahora regía en Francia una costumbre análoga á la nuestra en lo relativo á los datos que han de figurar en las filiaciones de los soldados para asegurar su identidad. Tales datos, del modo que se anotaban en aquellos documentos, eran completamente inútiles y no revestían el menor carácter práctico, toda vez que de nada servían para facilitar la investigación é identidad de las personas á que se referían. Con objeto de evitar este defecto, y, sobre todo, de conseguir que en caso de movilización pueda indagarse el paradero de los prófugos y los no presentados, el Ministerio de la Guerra ha publicado una circular dando reglas para la formación de aquella parte tan interesante de las filiaciones.

Se ordena la supresión absoluta de ciertos detalles que por su frecuencia ó por su poca precisión no tienen ningún valor, tales como: barba redonda, cara oval, facciones regulares, bigote naciente, etc. En compensación, se prescriben con minuciosidad los detalles que han de anotarse.

En lo relativo al pelo: rubio, castaño, negro, rojo.

En lo que atañe á los ojos: azul claro, azul amarillento, azul oscuro, amarillo claro, naranjado verdoso, castaño verdoso, marrón claro, marrón oscuro.

En lo que concierne á la frente: *inclinación*: fugitiva, mediana, vertical; *altura*: pequeña, mediana, grande; *anchura*: pequeña, mediana, grande.

En lo que respecta á la nariz: *base*: levantada, horizontal, caída; *altura*: pequeña, mediana, grande; *salida*: pequeña, mediana, grande; *anchura*: pequeña, mediana, grande.

En lo que se refiere al rostro: ancho, redondo, estrecho, largo, lleno, huesoso.

Otros detalles fisionómicos complementarios: color cetrino, colorado, pálido; nariz torcida á la derecha ó á la izquierda; labios gruesos ó delgados; boca pequeña ó grande; barba fugitiva, saliente, de hoyito; oreja plana ó bien lobulada; lóbulo de la oreja pegado; orejas muy separadas; ojos saltones ó hundidos; cejas claras y muy pobladas; bizco hacia dentro ó hacia fuera, etc.

Señas particulares: cicatrices de cortaduras, de abscesos, etc., quemaduras, forúnculo, padrastro, tatuajes y demás señales, indicando la naturaleza y lugar en que se encuentran.

Figurará la talla primitiva y la rectificada, en metros y centímetros.

